

## **La calle de las Comedias**

**PAPERS** DE PREMSA — 15

Colección dirigida por Emili Piera

Vicente Muñoz Puelles

# La calle de las Comedias

Antología de artículos



institutió  
alfons el magnànim  
centre valencià  
d'estudis i d'investigació

**[75anys]**

VALÈNCIA, 2023

Edición compuesta con tipografías Futura ND Bold cuerpo 14 y Adobe Caslon Pro Regular cuerpo 11; el interior se ha impreso sobre papel Printset Ivori de 90 g/m<sup>2</sup> y la cubierta sobre cartulina Image Silk de 350 g/m<sup>2</sup>

© 2023, Vicente Muñoz Puelles

© 2023, de esta edición

Institució Alfons el Magnànim

Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

Diputació de València

Corona, 36 — 46003 València

Tel.: +34 963 883 169

contacte@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.net

ISBN: 978-84-1156-030-6

DL: V-3118-2023

Diseño de la colección: Vicent Ferri

Diseño de la cubierta: Juanjo Gil

Fotografía de la cubierta: De pie, de izquierda a derecha, Almudena Grandes, Pilar Pedraza, Vicente Muñoz Puelles y Beatriz de Moura. Sentados, Antoni Marí y Jorge Wagensberg. Fiesta del 20 cumpleaños de Tusquets (1989) @ Tusquets Editores, S. A.

Fotografía de la solapa: © Laura Muñoz Puelles.

Maquetación: Gráficas Papallona

Impresión: Gráficas Marí Montañana

## Introducción

De niño, el poder de los adultos me abrumaba. Creía que con una simple mirada eran capaces de adivinar mis pensamientos más íntimos, y me recluía para no exponerme.

Pronto descubrí un territorio, el de la escritura, que me daba una sensación de seguridad. Al imaginar historias y contarlas por escrito, mi mundo interior crecía y se blindaba.

Muchos años después, y ya con varias novelas a nuestras espaldas, un grupo de amigos escritores del que yo formaba parte discutía sobre la conveniencia, para los autores con vocación de permanencia, de colaborar en diarios y revistas.

Manuel Talens consideraba que los artículos ayudaban a mantener la relación con los lectores y a difundir la propia opinión. Si no me equivoco, Eduardo Alonso pensaba que la prosa periodística era uno de los géneros más nobles, pero que sus practicantes corrían dos riesgos: el de destinar sus mayores esfuerzos a la prensa, más o menos efímera, en detrimento de la narrativa de altos vuelos, y el de malograr el estilo.

Yo, por mi parte, era consciente de que dependía de mis actividades mercenarias para subsistir, como todo el mundo, y consideraba que siempre podría salirme con la mía, preservando la dignidad del estilo —lo que Eduardo Alonso llama «la calidad de página»— y anteponiendo la bandera de la ficción a la de la opinión pasajera.

Y es que, desde mi punto de vista, la ficción es una manera de expresar nuestro escepticismo radical. Como la realidad no nos satisface, y nunca podrá hacerlo, nos apropiamos de ella y la contamos de otro modo.

Eso, naturalmente, no significa falsear los datos ni negar el cometido principal del periodismo, que es informar de la supuesta verdad, sino conseguir que esos datos trasciendan y adquieran otra significación.

Mi primer artículo apareció en un grueso y lujoso anuario de 1980, y lo publicó Ediciones del Tiempo/Difusora Internacional, radicada en Barcelona. Fue un encargo personal de Carlos Barral, que trabajaba en aquella editorial. Se titulaba *Vacas gordas* y versaba, curiosamente, sobre la carne de vacuno tratada con hormonas. Yo acababa de ganar el premio Sonrisa Vertical con mi novela *Anacaona*, y Barral debió pensar que el erotismo y las hormonas en la alimentación podían estar vinculados.

La revista *Quimera*, también de Barcelona, me encargó un artículo sobre Frank Harris, amigo de Oscar Wilde y erotómano, y me dio pie para iniciarme en las biografías de escritores y en la crítica literaria, terreno este último en el que nunca llegué a sentirme del todo cómodo. Escribí en varias publicaciones valencianas como *Encontre*, *Papeles de Campanar* y *Papers*, hasta que me llamaron de la redacción valenciana de *El País* para colaborar con ellos.

En *El País* he publicado noventa artículos de manera más o menos regular, con las interrupciones debidas a otros trabajos, y 395 en *Levante-El Mercantil Valenciano*, en su mayoría en el suplemento literario *Posdata*, donde durante once años me encargué de redactar la última página, que precisamente titulé *La calle de las Comedias*, en recuerdo de una de las calles más entrañables de la topografía urbana. De ahí también el nombre de esta antología.

Quizá valga la pena mencionar que algunos de mis artículos publicados en *El País* de la Comunidad Valenciana eran traducidos al valenciano para aparecer en el suplemento literario *Quadern*, escrito enteramente en ese idioma. En dichos casos se me pagaba menos, porque compartía mis honorarios con el traductor.

Algunos de mis primeros artículos tienen forma de reportaje. Acudía a los lugares de actualidad cultural, donde sabía que iba a producirse tal o cual acontecimiento, e informaba sobre él. Poco a poco, y con el devenir de los años, esos artículos acabaron alargándose y convirtiéndose en una colección de relatos y cuentos de todo tipo.

Un par de mis supercherías, *Goya en la Albufera* (7-5-1992) y *Noticia de la dama del sarcófago* (26-10-2007), que recreaban historias con apariencia de verosimilitud, tuvieron un éxito inesperado. La carta de



Vicente Muñoz Puelles y el librero Luis Andrés, en una caseta de la Fira del Llibre de València 2004, © García Poveda.

Goya a su amigo Zapater, que inventé en mi artículo sobre Goya, ha sido transcrita, imitando la letra goyesca, fotografiada y reproducida, y se muestra como auténtica en una barraca turística, en la carta de un restaurante de El Palmar y en algunos libros pretendidamente eruditos sobre la Albufera.

Y todavía hoy me llama de vez en cuando un arqueólogo despistado, que se interesa por saber en qué lugar exacto de la plaza de la Virgen se

encontró el sarcófago que menciono en el artículo correspondiente, y algún estudiante de periodismo me interroga, porque no encuentra en las hemerotecas el artículo de *El Mercantil Valenciano* del 16 de marzo de 1937, del que presuntamente saqué la noticia, y que nunca existió.

Los artículos se fueron transformando en cuentos, como he dicho, y encadenándose en episodios o en capítulos de folletines, como los que en otros tiempos pergeñaron Balzac o Dumas. Algunos formaron series sobre manzanas, sobre elefantes, sobre Sherlock Holmes, sobre la Rusia de los primeros años de la revolución o sobre los devaneos del fantasma de Marx en la actual Trier, su ciudad natal, en español Tréveris.

Una de mis series, *Las sombras de Hans Christian Andersen*, llegó a tener 53 episodios. En ella, Andersen visitaba Valencia y se hospedaba en el palacete del marqués de Forcalló, sede actual del Consell Valencià de Cultura. Santiago Grisolí, entonces presidente de la institución, estaba entusiasmado con la serie —de hecho, creía que el marqués de Forcalló era él— y me pedía que la prolongara todo lo posible. Cuando el rey Juan Carlos I tuvo a bien nombrarle marqués de Grisolí, que no de Forcalló, Santiago y yo bromeamos sobre el carácter más o menos premonitorio de la serie sobre Andersen.

La serie dedicada a las historias sobre manzanas duró 34 episodios y dio lugar al libro *Manzanas. Tratado de pomofilia*, publicado en 2002 por el Taller de Mario Muchnik y el Centro UNED Francisco Tomás y Valiente.

Otros de aquellos relatos en forma de artículos han sido incorporados a libros como *El último deseo del jíbaro y otras extravagancias* (Valdemar, 2003), *Sherlock Holmes y yo* (Anaya, 2021) y *El deseo de ser leído* (Pre-Textos, 2022). Muchos, en fin, esperan ser antologados en libros como este o volver a ser editados. Por distintas razones, tanto *Manzanas. Tratado de pomofilia* como *El último deseo del jíbaro y otras extravagancias* se han vuelto inencontrables.

Al menos uno de estos artículos, el titulado *Una modesta proposición* (11-7-1992), dio origen, cuando me incorporé al Consell Valencià de Cultura, a un grupo de trabajo, a una serie de informes y a la colocación de diversas placas honoríficas, repartidas por la ciudad. No prosperó, sin

embargo, mi propuesta de fomentar el turismo macabro, como se ha hecho en Londres.

Pero mi mayor recompensa fueron las cartas de apoyo que los lectores agradecidos enviaron tanto a la redacción de *El País* como a la de *Levante-EMV*, recomendando mis artículos, y la gratitud de gente desconocida, como los parientes de Juli Just, ministro de la República en el exilio, y el fotógrafo Joaquín Sanchis Serrano, *Finezas*, a quienes mencioné en mis artículos, y que me agradecieron el recuerdo de sus antepasados.

A la hora de seleccionar los textos que figuran en este volumen he buscado ante todo la variedad, la amenidad y la diversión, pero no he rehuido los tonos más incisivos o graves. Con asombro he comprobado que con el mismo material de origen podría haber urdido tres o cuatro antologías alternativas.

En cuanto a la ordenación, he preferido que, salvo excepciones, el orden temático prevaleciese sobre el cronológico.

# **A LA LUNA DE VALENCIA**

## Los leones de Correos

Nací en 1948 en la calle de Pérez Pujol, en un edificio clasicista, con influencias del neoimperio francés, que todavía existe, y cuyos bajos albergan una amplia librería y una corsetería rutilante. Muchas fotografías de mi infancia fueron tomadas en la azotea de baldosas rojizas de aquella casa. Tras mi madre, que me alzaba en brazos como si me ofrendase al fotógrafo, se erguía la torre metálica de Correos, un grácil templete hoy demolido, que remataba una esfera cobriza.

En *Amor burgués*, mi primera novela publicada, intenté reflejar mi pasión por los animales, reales o emblemáticos, que de niño buscaba con avidez en el paisaje urbano: las carátulas de los leones de Correos, entre cuyas fauces de latón deslizaba emocionado las cartas, aupado por mis padres; el león prepotente, en bronce, del Banco Vitalicio; el águila de la Estación del Norte; la otra águila, cabalgada por un hombre, de La Unión y el Fénix Español; la veleta cacatúa y la veleta pez del Mercado Central; el caballo de la puerta principal de la iglesia de San Martín y el de Jaime I en el Parterre; la achatada cabeza leonina del palacio del Marqués de Dos Aguas; los patos de hierro fundido que vierten agua en la fuente de Rodrigo Botet; el legendario caimán de la iglesia del Patriarca; la Casa de los Dragones en el chafflán de las calles Sorní con Jorge Juan; las esculturas de animales prehistóricos en los invernáculos de los Viveiros; el elefante dorado, de trompa enhiesta, que adornaba el escaparate de una tienda de trufas en la calle Ruzafa; un armadillo disecado en una tienda de pieles y curtidos, en la entonces recoleta gran vía de Germanías; el ostentoso faisán argénteo de una platería, en la calle de la Paz.

«Ningún paseo por la ciudad era completo —escribí en la novela mencionada— si no incluía la contemplación del mayor número posible de fetiches y no culminaba, poco antes de regresar a casa, junto al cocodrilo, vivo pero misteriosamente inmóvil, que los propietarios de una tienda de bolsos mantenían como reclamo en un pequeño recinto acristalado, entre

los escaparates. Aquel sí era su mejor amigo [el de R., el protagonista de *Amor burgués*]. No pedía a sus padres, como otros niños, que arrojaran monedas al sedentario reptil, ni se burlaba de este o repiqueteaba con los dedos en la vidriera para que alterase su postura. Permanecía extasiado, lo más cerca posible de su tótem e igualmente rígido, aguardando un movimiento ocular o un bostezo que pudiera interpretar como signo de reconocimiento. Cuando sus padres le conminaban a abandonar la tienda sin que se hubiera producido revelación alguna, se sentía infeliz y se interrogaba sobre el motivo de que sus relaciones con el reptil se hubieran entibiado. Durante el invierno el cocodrilo se aletargaba, y por eso, más que por el frío o la palidez de los colores, lo juzgaba el niño la estación más triste.»

El cocodrilo en cuestión murió a principios de los años sesenta, y durante mucho tiempo su cuerpo disecado, algo más enjuto que en vida, ocupó el recinto acristalado. Ya era inútil aguardar a que se moviese. Hoy la tienda de bolsos, que estaba en la calle Correos, ha desaparecido, y aquella zona, donde a principios del siglo xx los espaciosos pisos de los burgueses, con los primeros ascensores y cuartos de baño de Valencia, habían suplantado a los burdeles, tabernas y casas de juego del viejo barrio de Pescadores, es sede de anodinos edificios bancarios.

Tenía yo seis años cuando nos trasladamos a la calle de San Jacinto, paralela a las de Cuarte extramuros y Doctor Zamenhof, hacia el final de la gran vía de Fernando el Católico. Era esta última una avenida simple y frondosa, con especies vegetales autóctonas, muy diferente de la sobrecargada arteria de hoy, cuyo paseo central, remodelado hace poco, abunda en elementos arquitectónicos superfluos, innecesariamente puntiagudos y envejecidos antes de hora, y donde únicamente los árboles antiguos están bien dispuestos. Los demás sugieren antes un plantel que un emplazamiento definitivo. Durante las noches estivales, los grillos se adueñaban de la avenida. El ritmo de sus chirridos aumentaba con el calor, y eran tantos que al volver a San Jacinto se posaban en nuestras ropas.

Ante nuestra casa había un patio con una gran higuera, y unas terrazas donde los colchoneros extendían y ahuecaban lana de distintos

colores. La higuera fascinaba a mi padre, que desde la ventana del comedor la pintaba una y otra vez. Al final de la calle, que al atardecer sobrevolaban murciélagos y vertiginosas golondrinas, se veía la huerta.

No lejos de allí, el mercado que hoy se agrupa bajo techado en la plaza de Rojas Clemente abarcaba la calle del Doctor Peset Cervera. Entre sus pintoresquismos recuerdo la carne de ballena, que se vendía ocasionalmente, y las ranas. De tarde en tarde mi madre me compraba una. La llevábamos a casa en un cucurucho de papel de estraza, atábamnos un cordel a una de sus patas traseras y la soltábamos en la bañera, donde mis torpes cuidados nunca lograban que viviese más de tres días.

También en la calle del Doctor Peset Cervera se alzaba el cine Español, donde asistí a la proyección de numerosos wésterns. Como muchos niños, admiraba secretamente a los pieles rojas, eternos perdedores, pero abandonaba el local con andares de vaquero, arqueando las piernas, como si hubiese cabalgado durante días. Si alguna de las películas —nunca menos de dos— que habíamos visto era de espías o de gángsters, al salir miraba ansiosamente en derredor y procuraba evitar, para hilaridad de mis padres, las imprevisibles esquinas. El cine Español se incendió a mediados de los años sesenta. Permanece el solar, que aún excita mi imaginación.

En 1956 nos mudamos de nuevo, esta vez a Guillem de Castro, ya por entonces vía de mucho tráfico y en cuyas aceras, a diferencia de lo que ocurría en San Jacinto, no jugaban los niños. Una galería estrecha y alargada, desde la que se abarcaba gran parte de la ciudad vieja y a la que se accedía desde varias habitaciones, circundaba la casa. De izquierda a derecha veíamos los altos secuoyas del Jardín Botánico, que sucumbieron a la riada de 1957; nuestra calle, que tras describir una curva se alejaba hacia las torres de Cuarte, donde con frecuencia había una claridad, un resplandor sorprendente que parecía augurar aventuras y triunfos; la iglesia del Pilar, cuyo convento había sido cuartel del ejército desde la desamortización y donde mi padre había hecho el servicio militar poco después de terminar la guerra civil; la cúpula azul con nervaduras blancas de las Escuelas Pías; el barrio chino o de Velluters hacia abajo y el del Mercado al fondo; el antiguo y vasto Hospital de los Santos

Inocentes, al que se adosaba la facultad de medicina donde Cajal enseñó y estudió mi abuelo; la torre arbitrariamente restaurada y truncada de la iglesia de San Agustín. Entre esta última y el Instituto Luis Vives se construiría un rascacielos de veinte pisos, la llamada Finca de Hierro.

Recuerdo un voluminoso cetáceo que una empresa de atracciones exhibía, en un descampado de la cercana avenida del Oeste, como «la auténtica Moby Dick, la ballena blanca, el mayor animal de todos los tiempos». El hedor acumulado bajo la carpa bañada de sol era tan denso y mareante que muchas personas se contentaban con atisbar desde la entrada. Con arrobamiento casi erótico inspeccioné la vasta epidermis lacerada y los ojos acuosos hasta que, aburridos, mis padres me hicieron salir.

Viví hasta los veinticinco años en la casa de Guillem de Castro. Allí pinté mis primeros cuadros y escribí muchas versiones de la misma novela, dos obras de teatro y decenas de cuentos. Durante ese tiempo, y sobre todo desde mediados de los sesenta a mediados de los setenta, la ciudad cambió considerablemente. La zona protegida por motivos artísticos o históricos se redujo a menos de un tercio, y en solo diez años se construyeron ciento sesenta mil viviendas, cifra que suponía casi el doble de las existentes.

Asistí a la desaparición de la plataforma central de la plaza del Ayuntamiento, la famosa *tortada*, con el mercado subterráneo de flores; del cine Actualidades, con entrada por la plaza del Ayuntamiento y salida por la calle Moratín, donde iba cada semana a ver cortos de dibujos y películas cómicas, casi siempre mudas. Llegué a ver también cómo los cuatro estanques del Parterre, donde nadaban las carpas, se reducían a uno. Conocí la frondosa Glorieta, casi un bosque, previa a la riada. Presenció el derribo del último tramo de las impresionantes murallas de la Ciudadela, frente al Gobierno Militar. Transité por la rosaleda y los invernáculos de los Viveros, donde una vez capturé una serpiente que llevé a casa. Maldije la pérdida del pintoresco palacio de Ripalda, la tala de los árboles más frondosos de la Alameda y la del mágico túnel de ramas y hojas del Camino del Grao.

También añoro la gran vía de Germanías anterior al túnel, donde cada domingo, hiciera buen o mal tiempo, mis padres y yo aguardábamos el autobús que nos llevaría a El Saler. De todos los cambios habidos en

la ciudad y en su entorno, los de la playa y dehesa de El Saler son los que más lamento. Allí pasé los mejores momentos de mi infancia, pero esa es otra historia.

Durante años ocupé una minúscula buhardilla de la calle de San Valero, en la esquina con la avenida del Antic Regne. La pequeñez del refugio y su relativa inaccesibilidad —seis pisos sin ascensor— me dieron la calma necesaria para escribir. Apreciaba particularmente la terraza comunal, de robustos florones y plantas salvajes en las cornisas, desde la que veía un euforizante paisaje de tejados y otras buhardillas. Cerca se erguía un alto palomar, ya en desuso. El contraste entre el barrio de Ruzafa y el Ensanche me resultaba muy grato. Una buhardilla inspirada en aquella aparece en una de mis novelas, *La ciudad en llamas*.

Me mudé después a Fernando el Católico, donde vivo en la manzana contigua a la casa de mis padres. Allí terminé *Campos de Marte*, novela en la que Valencia sufre las consecuencias de una guerra nuclear, y un cuento, *El més petit de tots*, donde el protagonista regresaba a Valencia tras un largo exilio en Buenos Aires, para descubrir que su casa natal ya no existía, y hasta que el trazado de las calles era distinto.

«Con lucidez grotesca y apasionada —terminaba aquel cuento—, V. rememoró su infancia, cuando la plaza se llamaba de Castelar, y cerca de allí se alzaba el monumento al marqués de Campo, rodeado de quioscos de cerámica. El monumento fue trasladado después a la plaza de Cánovas, y en su lugar se levantó una ostentosa plataforma de piedra, para cubrir el mercado de flores subterráneo. ¿Te acuerdas, V.? La plataforma estaba pavimentada con amplias losas, y de niño sustentabas alternativamente dos teorías irreconciliables: una, que pisar entre las losas daba mala suerte; otra, que la mala suerte acontecía precisamente al evitar los intersticios. Pero ahora ya no ves en Valencia el laberinto inmóvil de tu niñez, sino un espejo cambiante que, como algunas novelas, refleja la vida colectiva y el transcurso del tiempo.»

He vuelto últimamente a la casa, ahora deshabitada, de Guillem de Castro, donde mi madre murió hace dos semanas y mi padre hace seis años, horas antes de que le concediesen el premio Ciudad de Valencia de narrativa. El cuartel donde hizo el servicio militar ha sido reemplazado

por un edificio de viviendas para militares, que impide la visión de las distantes torres de Cuarte y la de la cercana iglesia del Pilar. Del conjunto arquitectónico del Hospital de los Pobres Inocentes, cuya construcción se remonta a 1409, apenas quedan un crucero alterado, una ermita y algunas columnas frívolamente esparcidas. Del edificio de la facultad de medicina solo se conservan el pórtico, parte del friso y una estatua mutilada de Esculapio, castigada por la erosión y apeada de su heroico pedestal. En 1974, mi padre pintó y fotografió el proceso de derribo y la reconversión del conjunto en la torpe imitación de un jardín. Uno de sus cuadros está colgado cerca de la galería, desde donde fue pintado, y basta mover ligeramente la cabeza para comprobar los cambios ocurridos en el exterior.

¿Por qué se me antojan extrañamente consoladores esos emblemas de mi infancia que sobreviven, como los leones de la calle Correos?

«Sin duda esos dos leones —escribió Albert Camus acerca de otras fieras emblemáticas, ubicadas en la plaza de Armas de Orán— testimonian, como miles de obras del mismo género, algo muy distinto del talento. Era posible hacer la *Ronda nocturna*, *San Francisco recibiendo los estigmas*, el *David* o *La exaltación de la flor*. En cambio, Caín —ese escultor animalista de sonoro nombre— plantó dos mascarones hilarantes en la plaza de una provincia comercial ultramarina. Algún día, el *David* de Miguel Ángel se desplomará con Florencia entera, y quizá los leones se salven del desastre... En cualquier caso su obstinada presencia contiene una lección, la lección de todos los monumentos de Orán y de la misma Orán. Una hora al día, un día tras otro, nos obligan a reparar en algo carente de importancia. El espíritu se beneficia con esos retornos, que en cierto modo constituyen su higiene... Todo lo percedero desea durar. Las obras humanas no significan otra cosa, y en ese sentido los leones de Orán tienen las mismas posibilidades que las ruinas de Angkor, lo que predispone a la modestia.»

Cada vez salgo menos. Me he vuelto sedentario, como el cocodrilo de la tienda de bolsos. Hace unos días, en el edificio central de Correos, levanté a mi hija de tres años para que dejase caer una carta en las fauces abiertas de los leones. No quiso arriesgarse.

—Hazlo tú, papá —me dijo riendo.

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

### A LA LUNA DE VALENCIA

- Los leones de Correos (*Mirades sobre València*, 1990) 15  
*La maledetta falla m'ha perduto!* (*El País. Comunidad Valenciana*, 15-3-1992) 21  
La venganza del Fum Club (*El País. Comunidad Valenciana*, 14-3-1993) 23  
Los atributos de una falla (*El País. Comunidad Valenciana*, 19-3-1994) 25  
El tiempo y las fallas (*El País. Comunidad Valenciana*, 15-3-1998) 27  
Fantasmas valencianos (*Cosmopolitan*, abril, 1993) 30  
Innovaciones funerarias (*El País. Comunidad Valenciana*, 13-5-1992) 33  
Una modesta proposición (*El País. Comunidad Valenciana*, 15-3-1998) 35  
Eros en las torres de Quart (*El País. Comunidad Valenciana*, 28-5-1992) 37  
El hijo de Julio Verne (*El País. Comunidad Valenciana*, 13-6-1992) 39  
¡Más Grosz! (*El País. Comunidad Valenciana*, 20-6-1992) 41  
Don Quijote en la calle de San Vicente (*El País. Comunidad Valenciana*, 27-6-1992) 43  
El verdugo de Valencia (*El País. Comunidad Valenciana*, 8-8-1992) 45  
Fósiles en el Ayuntamiento (*El País. Comunidad Valenciana*, 17-8-1992) 47  
Turismo macabro (*El País. Comunidad Valenciana*, 28-8-1998) 49  
Matanza de franceses (*El País. Comunidad Valenciana*, 7-12-1997) 52  
Fotógrafos de prensa (*El País. Comunidad Valenciana*, 8-7-1992) 55  
Fotos de guerra (*El País. Comunidad Valenciana*, 25-8-1992) 57  
La decadencia del burro (*El País. Comunidad Valenciana*, 2-9-1992) 59  
A la luna de Valencia (*El País. Comunidad Valenciana*, 22-6-1996) 61

### IMÁGENES FAMILIARES

- La senye(ño)ra* de mi abuelo (*El País. Comunidad Valenciana*, 27-1-1996) 65  
Mi tío Ricardo (*El País. Comunidad Valenciana*, 5-8-1997) 68  
Una educación libresca (*El País, Quadern*, 2-7-1998) 70  
Génesis de *La Perrona* (*Levante-EMV, Posdata*, 2-6-2006) 72  
Papeles encontrados y libros prohibidos (*Levante-EMV, Posdata*, 18-1-2008) 77  
Una relación tardía (*El País. Comunidad Valenciana*, 15-1-1993) 82

- El verdadero rostro de Confucio (*Levante-EMV*, 6-7-1994) 84  
 Mi amigo Rolf (*El País. Comunidad Valenciana*, 18-1-2008) 86  
 Adiós a un compañero (*El País. Comunidad Valenciana*, 14-11-2010) 89

## SUPERCHERÍAS

- Goya en la Albufera (*El País. Comunidad Valenciana*, 7-5-1992) 93  
 Noticia de la dama del sarcófago (*Levante-EMV. Posdata*, 26-10-2007) 95  
 El hallazgo del Vedat (*Levante-EMV. Posdata*, 28-12-1992) 98  
 La bestia de la dehesa (*Levante-EMV. Posdata*, 15-12-1996) 100  
 El monstruo de la Albufera (*Levante-EMV. Posdata*, 18-6-1999) 103  
 Los gatos gigantes del Vedat (*Levante-EMV. Posdata*, 9-7-1999) 106

## LIBROS Y LETRAS

- Un mundo sin libros (*El País. Comunidad Valenciana*, 30-4-1992) 111  
 Leer y no leer (*El País. Comunidad Valenciana*, 16-10-1992) 113  
 El Turia caudaloso y el escritor mendigo. (*Levante-EMV. Posdata*,  
 18-12-1992) 115  
 La ciudad donde nadie leía libros (*Levante-EMV. Posdata*, 29-1-1993) 117  
 Del horrible peligro de la lectura (*Levante-EMV. Posdata*, 23-4-1999) 120  
 Una editorial exquisita (*El País. Comunidad Valenciana*, 6-10-1992) 123  
 Trenes y libros (*El País. Comunidad Valenciana*, 2-5-1997) 125  
 Contradicciones, descuidos, erratas (*Levante-EMV. Posdata*, 3-9-1993) 127  
 Archivos de la memoria (*El País. Comunidad Valenciana*, 31-10-1992) 130  
 Muertes de escritores (*El País. Comunidad Valenciana*, 23-4-1998) 132  
 Leer con los dedos (*Levante-EMV. Posdata*, 23-4-1999) 135  
 Los libros de la casa de muñecas (*Levante-EMV. Posdata*, 26-12-2003) 138  
 La genealogía de los libros (*Levante-EMV. Posdata*, 29-4-2017) 142

## BESTIARIO

- Diversiones siniestras (*El País. Comunidad Valenciana*, 15-2-1996) 149  
 Mi rana Rony (*Levante-EMV. Posdata*, 29-6-2007) 152  
 Un ratón de biblioteca (*El País. Quadern*, 30-10-1997) 156  
 Azzati y la defensa de los pájaros (*El País. Comunidad Valenciana*,  
 17-1-1999) 158  
 El perro de Paiporta (*El País. Comunidad Valenciana*, 12-8-1998) 161  
 El miedo a los gatos (*El País. Comunidad Valenciana*, 20-4-1996) 163  
 La foca monje y el cambio climático (*Levante-EMV. Posdata*,  
 30-11-1997) 166  
 Electrocutando a un elefante (*Levante-EMV. Posdata*, 8-12-2006) 169

## ESPEJISMOS

- La Venus Hotentote (*Levante-EMV. Posdata*, 19-1-1999) 175  
El gabinete del doctor Velasco (*Levante-EMV. En Domingo*, 1-8-1999) 180  
Los comedores de insectos (*Levante-EMV. Posdata*, 8-10-1999) 188  
El último deseo del jíbaro (*Levante-EMV. Posdata*, 16-7-1999) 192  
El regreso de la mujer alta (*Levante-EMV. Posdata*, 22-10-2000) 195  
La momia de Bentham (*Levante-EMV. Posdata*, 13-10-2000) 199  
El hombre trípode (*Levante-EMV. Posdata*, 5-3-1999) 204  
Kobelkof el magnífico (*Levante-EMV. Posdata*, 8-2-2002) 208  
La otra cabeza (*Levante-EMV. Posdata*, 2-3-2001) 212  
Los amantes de la basura (*Levante-EMV. Posdata*, 29-1-1999) 216

## DE LA PINTURA

- La batalla de Iso (*Levante-EMV. Posdata*, 22-1-1999) 223  
La Venus del espejo (*Levante-EMV. Posdata*, 21-5-1999) 226  
El jardín de Monet (*Levante-EMV. Posdata*, 22- 2-1999) 230  
El mandril de Kokoschka (*Levante-EMV. Posdata*, 26-3-1999) 233  
Pintura felina (*Levante-EMV. Posdata*, 24-11-2000) 236

## CINEFILIA

- El hombre pez de Peñíscola (*El País. Comunidad Valenciana*, 26-5-1992) 241  
El último truco de Georges Méliès (*El País. Comunidad Valenciana*, 22-7-1992) 243  
Buffalo Bill, director de cine (*Levante-EMV. Posdata*, 23-3-1998) 245  
Lirios rotos (*Levante-EMV. Posdata*, 26-3-1999) 250  
Bienvenido, Mr. Keaton (*El País. Comunidad Valenciana*, 3-2-1996) 253  
El bigote de Chaplin (*Levante-EMV. Posdata*, 22-2-1999) 256

## HUMORADAS

- Moscas malabaristas (*Levante-EMV*, 5-1-1998) 261  
Cómo se domestican los leones (*Levante-EMV*, 9-3-1998) 264  
Buena suerte, señor Gorski (*El País. Quadern*, 7-5-1998) 267  
El último kakapo (*Levante-EMV*, 30-3-1998) 269  
La oficina del más allá (*Levante-EMV*, 26-1-1998) 272  
El club de los pomófilos (*Levante-EMV. Posdata*, 21-7-2000) 275  
Las manzanas de Berkeley (*Levante-EMV. Posdata*, 19-5-2000) 279  
Las peras de Satie (*Levante-EMV, Posdata*, 13-10-2000) 282

- Historias de tatuajes (*Levante-EMV*, 8-6-1998) 286  
Animales melómanos (*Levante-EMV*, 2-2-1998) 289

## EROTISMOS

- Besos (*El País. Comunidad Valenciana*, 20-9-1992) 295  
Fiascos y congelaciones (*Levante-EMV*, 20-7-1998) 297  
Ritos de fertilidad en L'Alcúdia (*El País. Comunidad Valenciana*, 2-12-1998) 300  
El origen del mundo (*El País. Quadern*, 4-6-1996) 303  
Desnudos y deseos (*El País. Comunidad Valenciana*, 14-5-1996) 306  
Sexos inmensos y magníficos (*Academia. Revista de Cine Español*. Enero, 1996) 309  
Palabras de Eros (*Jot Down Cultural Magazine*. Junio, 2011) 315  
Adoradores de ombligos (*Jot Down Cultural Magazine*. Octubre, 2011) 318

## MI VOZ COMPROMETIDA

- Entre la opresión y el desdén (*El País. Comunidad Valenciana*, 14-2-1997) 327  
Política y literatura (*El País. Quadern*, 16-4-1998) 330  
La raza latina y el antiguo Egipto (*El País. Comunidad Valenciana*, 21-9-1998) 332  
Sellos alemanes (*El País. Comunidad Valenciana*, 28-9-1998) 335  
Voces de mando (*El País. Comunidad Valenciana*, 3-11-1998) 338

## VALENCIA, LA BIEN AMADA

- Valencia, la bien amada (*El País. Comunidad Valenciana*, 3-3-1996) 343  
El grupo de Valencia (*El País. Quadern*, 2-10-1997) 346  
Inquisidores del jazz (*El País. Comunidad Valenciana*, 17-3-1996) 349  
El primer mohicano (*El País. Comunidad Valenciana*, 5-4-1996) 351  
Otelo, el moro de Valencia (*El País. Comunidad Valenciana*, 19-7-1998) 354  
Cometografía valenciana (*El País. Comunidad Valenciana*, 28-7-1998) 357  
Iconos culturales (*El País. Comunidad Valenciana*, 10-7-1996) 360  
Las mil caras de Dios (*Levante-EMV. En Domingo*, 22-8-1999) 362  
Cita con la edad (*Levante-EMV. Posdata*, 3-1-2000) 365